

ABRAHAM, UN CAMINO, UN INICIO SIEMPRE. (SOBRE LOS ESPACIOS Y LAS PALABRAS)

Abraham, a Way, Always a Beginning (on Spaces and Words)

JOSÉ GUILLERMO ÁNJEL R.*

Resumen:

La labor del intérprete no podría ser inventar, sino ayudarnos a descubrir. El autor nos permite hacer tal: redescubrir en la figura del patriarca Abraham un camino que el hombre creyente está invitado a realizar. Por eso las palabras del título “un inicio siempre”. ¿Cómo lo hace? Bajo diversos aspectos redescubiertos del padre de la fe: el hombre urbano, el hombre que descubre en el esplendor del desierto, el hombre aprendiz a través de la desobediencia, el hombre que narra y nombra, el hombre esposo y el hombre libre.

Palabras clave: Biblia – Exégesis – Antiguo Testamento – Patriarcas.

* Especialista en Economía por la Universidad Hebrea de Jerusalem. Comunicador Social por la Universidad Pontificia Bolivariana. Actualmente profesor de Humanidades en la Escuela de Teología, Filosofía y Humanidades de la Universidad Pontificia Bolivariana. Entre otros ha publicado: *De dictadores, ángeles peatones y pecados renovados*, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín 1997; *Mesa de judíos*, Ángel de la guarda editores, Medellín 1999; *Todas las características de la tortuga*, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín 1999; *Inventario de mujeres de Buenos Aires*, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín 1999; *La luna verde de atocha*, Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín 2007. Además ha escrito gran cantidad de artículos en periódicos y revistas nacionales y extranjeras. Miembro de la Comunidad Judía de Medellín.

Artículo recibido el día 15 de mayo de 2007 y aceptado por el Consejo Editorial el día 25 de septiembre de 2007.

Dirección del autor: jose.angel@upb.edu.co

Abstract:

The work of a translator should 'nt be to invent but to help us to discover. That 's the way taken by the author: he allows us to rediscover in the face of Abraham, the Patriarch, a road the believer is invited to travel. Hence the words of the title are "always a beginning". How the author gets to it? By rediscovering some aspects of the Father of our faith: he was a man living in a city who discovers the desert splendors, an apprentice through disobedience, a story teller and giver of names, a husband and a free man.

Key words: Bible – Exegesis – Old Testament – Patriarchs.

Un hombre se levanta y se va a otro lugar. Lo que el hombre deja detrás de él permanece detrás, observándole.

AMOS OZ. UN DESCANSO VERDADERO

El trabajo del hombre es nombrar. Y a medida que nombra, encuentra las cosas que componen el mundo. Esto lo decía Filón de Alejandría, quien creía en que las palabras no sólo dotaban al mundo de sentido sino de contenido. Porque, realmente, el hecho de que haya cosas no quiere decir que haya mundo. Es decir, de nada vale tener si no se sabe qué se tiene y qué relación existe entre eso que tenemos y nosotros mismos. Así, el mundo de la confusión se presenta cuando carecemos de palabras, de sentidos, de definiciones, de valoraciones correctas. Quizás algo así le pasó a Abraham cuando salió de Ur de Caldea. Había demasiadas cosas allí, pero no estaban nombradas sino en potencia. En términos de Leibniz, era mónadas, en las que lo perfecto trataba de manifestarse y lo imperfecto de hundirse.

Las palabras nombran y de saberlas nombrar, aplicando los acentos, como dice Spinoza en su Compendio de la gramática hebrea, nacen las cosas debidas. Abraham, entonces, salió a nombrar, igual que nombró Adán y nombraron las diez generaciones entre Abraham y Noé. Y en el nombre, el mundo se amplió.

LA NOCIÓN DE UR

Por años se ha hablado de la ciudad de **Ur**. Creo que esta ciudad nunca existió con ese nombre. Ur, en caldeo, traduce ciudad (así como **Ir**, en hebreo, significa lo mismo). Así que Abraham no salió de un sitio nombrado sino de alguna de las tantas ciudades estado caldeas, que poco se parecían a las nuestras. Estas ciudades estaban rodeadas por una muralla circular, dentro había pozos de agua y pastos, altares a dioses locales, hornos para hacer ladrillos y figuras y un gobernador que cobraba impuestos. En las afueras de las murallas, estaban los comerciantes y entre ellos los

vendedores de ídolos. Téráj, el padre de Abraham, vendía las estatuillas que hacía. Y como los vendedores de esos días no sólo tenían la mercancía a disposición sino que debían explicarla bien a los compradores, suponemos que Téráj sabía algo sobre las mitologías que representaban las figuras, así como de las normas de la ciudad. Porque en cualquiera de las Ur había normas de comportamiento (moral civil) para que todo se rigiera a un orden en la manera de comportarse allí: saber usar el agua, los pastos, los sitios de oración, las relaciones con el gobernador y con los otros, etc. Con base en estos órdenes civiles (fundamentados en las cosmologías) nacieron los códigos de los zoroástricos, los maniqueos, el código de Hamúrabi y otros. De una manera primitiva y simple, estas codificaciones interpretaban una primera concepción de la belleza necesaria para que la vida tuviera sentido.

Abraham (que antes se nombró Abrám, que quizás quiere decir padre de la elevación, como se ha sugerido), ayudaba a su padre en el negocio. Lo suponemos entonces yendo al horno, atendiendo a los clientes, cumpliendo normas civiles (su mundo era urbano, estaba en la Ur) y atento a las historias pertinentes a cada estatuilla. Estas dos últimas condiciones (urbano y con nociones de mitología), le dieron los criterios necesarios para tener una idea de Dios y la necesidad de la norma y la ley, es decir, de pactar. Porque todo en Abraham es un pacto, una construcción que nace de un acuerdo. No hay en ninguna de sus acciones un interés propio y egoísta. Diría que es cuidadoso en cada una de las acciones que ejecuta, que calcula el bien mayor para los suyos y los otros. Su intención es la norma de convivencia, la perennidad de la moral (las buenas costumbres) que permita el intercambio entre unos y otros. O sea que Abraham es un hombre que evade la confusión, el deseo como idea falsa, la imposición de criterios. Su norma básica es el entendimiento y no sólo para las acciones civiles sino también para el pensamiento. Por esta razón, como diré más adelante, desobedece la primera vez a D-s. Es que está confuso y no puede pactar lo que no tiene claro qué es.

De la vida de Abraham en la Ur sabemos que tenía un hermano, Nahor; que allí se casó con Sarai¹ (mi Sara) y que sintió el llamado del Eterno cuando tenía 75 años. Estos años no se miden en ciclos de 365 días lunares sino en su equivalente a sabiduría. Así que Abraham ya era sabio, es decir, tenía claros los sentidos de la justicia y la misericordia, el de las cosas necesarias para la vida y las para el espíritu. El sabio (El Jajam, en hebreo) es quien actúa de manera justa. Y en esa noción de justicia, escoge lo que no le genera dolor, aquello que es propicio para que el orden del mundo no se altere. Como en el D-s de Spinoza, Abraham entra en un orden inmutable, respetándolo en la medida en que lo conoce.

¹ Sarai, Mi Sara. En hebreo, la terminación i (lud), significa sentido de pertenencia. Para el caso de Sara, que seguía sin poder engendrar, ésta seguía siendo de D-s y no del esposo.

Ur, la ciudad, lo dotó de un lenguaje de la legalidad, así como lo hizo regresar a la noción de una divinidad (la de Nóaj), que ya había sido olvidada, como dice el texto sagrado. Un D-s que, al manifestarse, ya había dado un primer mandamiento fundamental para diferenciar a los hombres de los animales: no comer carne con sangre. Es decir, no comer como lo hacen los animales, que simplemente muerden y tragan. El hombre en cambio, al separar la carne de la sangre, la piel del músculo, no sólo se diferencia del animal sino que honra esa vida de la que se nutre. Este dato es importante: Abraham salió de Ur siendo hombre civilizado, es decir, convirtiendo las ideas de la cultura en comportamiento moral. Por esto no se comporta como un animal salvaje, que todo lo codicia, que devora a los mordiscos, que desordena mientras traga. Su acción es humana: mira, establece jerarquías, usa como es debido, no adquiere más de lo que necesita y se satisface con lo necesario, dando a lo que tiene un orden, una belleza, un sentido. Es un hombre sabio cuando sale de Ur. Y si bien no se puede asegurar que la Ur de la que sale haya sido sabia (de hecho no debió haberlo sido ya que Abraham salió de allí), si lo fue la idea de la que nació esa Ur: convivir con las cosas, con los otros, reconociendo que las cosas de los demás les pertenecen a ellos.

LA NOCIÓN DEL DESIERTO

En árabe existe una palabra para quienes buscan a D-s en el desierto: Hanif. Estos personajes comienzan mirando la extensión de arena, los wadis y las dunas, y al fin, luego de escrutar y de asolar las ideas falsas, no ven más que el resplandor. Y en esa luz que los ciega, entienden que D-s se manifiesta, que cada cosa que existe en el mundo es el resultado de una expresión del Eterno, de una de las infinitas luces que se desprenden de él (lo que en hebreo se llama emanación, *Atzilut*). Pero no pasa así en el caso de Abraham: no sale a buscar la presencia de D-s sino lo que D-s le promete: una tierra. Y tiene una fe enorme en ello porque ese D-s que le habla, que se manifiesta dentro de él, no es una estatuilla de barro que se rompe o se deforma con el calor sino una sensación enorme de vida. En términos griegos, está entusiasmado, lleno de D-s. Pero D-s no lo desborda sino que lo equilibra. Es importante el espíritu pero también lo que hay afuera. De cosas y alma se compone el mundo, la vida. Y si falta una de ellas (lo interno o lo externo), si alguna de las dos se excluye, eso que vivimos se desordena y caemos al vacío. Así, Abraham no es sólo espíritu, es también la realidad de lo existente. Y lo que existe, al ser entendido, existe dos veces. O sea, existe para el entendimiento y existe para el uso y para dar noción del otro y de lo otro. Por esto la tierra, el afuera, está en la promesa de D-s.

Por primera y última vez en la historia de las religiones (hasta donde nos conocemos), D-s promete un lugar específico para un grupo determinado. Adán había heredado la tierra en cuanto hombre, pero a Abraham se le asigna un sitio, un espacio que está entre el desierto y el mar, algo con límites para, en términos de la filosofía aristotélica, poder ser entendido y debidamente valorado. Pero ese sitio no es suyo porque D-s se lo haya prometido sino que Abraham debe ir hasta él y negociarlo, comprarlo, enterrar y casar a los suyos ahí. Ese lugar será un país de ciudades, con

Abraham, un camino, un inicio siempre (sobre los espacios y las palabras)

huertos y campos para los camellos, las ovejas y las cabras. Y también un sitio para la purificación. El sitio al que se dirige Abraham es puro porque lo ha entendido y allí, en la moralidad que exige la acción, la presencia de D-s es manifiesta. Y el único que lo sabe es él. En esto se diferencia de los hanifun (plural de hánaf). Abraham no busca a D-s, va al lugar donde más contacto tendrá con el Eterno, que es donde se lo entiende en el adentro y el afuera, en la posesión legal, en lo que hay que hacer para construir y saberse en un lugar en el mundo que, en el caso de Abraham, es el más propicio para él, para los suyos y el entendimiento entre unos y otros. Como dice Peter Sloterdijk, si estoy en el mundo, ¿dónde estoy?. Así que los límites son necesarios para construirse y diferenciar, para saber qué se tiene y qué se puede lograr. Abraham evade la confusión, es un hombre sabio. Y en esa sabiduría su idea sobre D-s es clara: es uno, se expresa, sus manifestaciones están en el cielo, en el horizonte, en el atrás y el adelante. Es un D-s que no se esconde sino que siempre está manifiesto, por ello no necesita ser identificado con una estatuilla o con un nombre. Así, es un D-s para el agradecimiento, que todo lo ha dado. Entonces, cuando Abraham sale con los suyos para ocupar la tierra de promisión, la que está más allá, el contacto con el desierto no es el de una búsqueda sino ya el de un camino pleno de certidumbres: al final está el encuentro. Y las lecciones del desierto, su contacto con los amorreos, los egipcios y las gentes de Hebrón, le sirven para demostrarse como un ser que cumple normas en D-s. No es un hombre del desierto, que invade y se apodera de lo que no le pertenece. Tampoco es un ser entusiasmado que ha perdido la noción de la realidad y vaga con los ojos abiertos debido al deslumbramiento. Es un ser urbano, cuidadoso con las normas y con sus bienes. Y va con ese D-s que le indica dónde está el bien y dónde el mal, dónde la certeza y dónde el error.

LAS DESOBEEDIENCIAS DE ABRAHAM

Abraham, a pesar de que es un justo, no sólo es un hombre temeroso de D-s sino de lo que puede suceder en la vida. Es un hombre práctico, con la sabiduría de alguien con 75 años (Flavio Josefo, al momento del sacrificio de Isaac, le otorga sólo 25). Y un hombre práctico no sólo es quien sabe cosas y las aplica sino quien posee un enorme sentido común. Por esta razón desobedece dos veces, la primera al salir de la Ur Caldea, en compañía de su padre. En ese momento, Abraham se preguntaría qué sucede si deja el orden conocido y se arriesga a lo que no conoce. La incertidumbre no es un buen camino. ¿Falta de fe en D-s? No, falta de fe en la inmensidad del desierto, en dejar la familia, en perder aquello que lo identifica, que son los otros conocidos. Entonces, en esta primera desobediencia, no va en busca de la tierra prometida sino que se instala en Harán con los suyos. Mientras esté con ellos, pertenecerá a una comunidad, compartirá una misma lengua, entenderá que los órdenes mínimos siguen vigentes. Y mientras éstos se mantengan, su pensamiento se ordena. Es claro que a Abraham no lo mueve una pasión ni una locura. Sus movimientos están regidos por la razón. Ya, cuando los más cercanos mueren, sale de allí en busca de la tierra que le ha prometido D-s, pero entre los suyos lleva a su sobrino Lot, desobedeciendo así al mandato inicial de irse él, su mujer, sus siervos y sus animales. Lot cumple con un papel: ser alguien a la misma

altura de Abraham, una realidad exterior que puede hacerlo caer en cuenta del error. No basta con la creencia personal, hay que tener a otro que legitime esa creencia. El otro común, como principio de la certidumbre. El otro para enfrentar las propias ideas, los hechos, eso que sucede. Así, en Abraham no hay una moral personal sino colectiva, como debe ser la moral. Si no hay otro, ¿qué costumbre buena se puede crear? ¿Si no hay un rostro del otro en el que me pueda ver, cómo saber qué he hecho yo con ese rostro?, como dice Emmanuel Lévinas. "Abraham es un ser moral, por eso la comunidad es un hecho fundamental en todas sus acciones".

En el Tanaj (Antiguo Testamento), la desobediencia es una constante desde Adán. Sobre la desobediencia se tienen algunas interpretaciones: el hombre desobedece porque hace una elección y en esta elección falla. O sea que hay un aprendizaje a partir del error. Y es, con base en el error (en haber fallado) como se entiende el sentido de lo que ha ordenado D-s. ¿Si no cometiera un error, cómo sabría que existe la posibilidad de haber errado? Otra interpretación, en el caso de Abraham, está más ceñida al sentido común: En el desierto muchos son los profetas y los que dicen escuchar a D-s. En el silencio, escuchar algo es muy factible. Pero, ¿qué tanta verosimilitud tiene la voz que se escucha? ¿Es D-s quien habla o es una alucinación? Por esta razón, quizás, D-s habla dos veces. O sea que en la reiteración está la certidumbre. Además, en la segunda voz ya se tiene, por parte de quien oye, una reflexión sobre la primera voz. Así que la segunda llamada no es algo al azar sino esperado, es la revalidación, es la palabra con definición y real sentido. Y en esa segunda voz ya hay respuestas a las preguntas nacidas de la primera llamada. En la posición de Abraham, ¿por qué irme de donde estoy en busca de algo que no se bien dónde queda? ¿Es el deseo de irse, la razón de irse?

Abraham es un hombre con criterios definidos. Es urbano, sabe de negocios, de ganado, responde por su gente y conoce de artificios (como en el caso del faraón egipcio y Abimelec) para sobrevivir sin sacrificar el bien mayor. Por ello, lo asiste la duda. En términos de filosofía moderna sería un cartesiano, alguien que se hace preguntas, que piensa, que no se deja empujar por las pasiones. Así, su desobediencia no se da por orgullo o por deseo de enfrentamiento. Por el contrario, desobedece porque no tiene claro lo que piensa hacer, porque no está seguro, porque tiene obligaciones con su padre y con su hermano. Y porque sin ellos no existiría. En el mundo judío, el judío no existe. Lo que existe son los judíos, la comunidad. Por esto, para rezar, se necesita de un minián, un mínimo de diez hombres varones. Desde este punto de vista, la desobediencia inicial de Abraham es válida: necesita de una comunidad para existir. Ya, cuando Térá y Nahor mueren, Abraham deja su casa y sale con Lot, en busca de la tierra que se le ha prometido. Y sale con Lot porque necesita de otro (de un próximo, de un prójimo) en quien verse para no perder su identidad y sus obligaciones morales. El otro será juez, será testigo, tendrá derecho al reclamo, compartirá su alegría.

La desobediencia a D-s, como pecado, existe cuando hay evidencia del error, no antes. Por ello es un pecado, porque va contra la naturaleza, porque desordena en lugar de ordenar. El desobediente sabe qué sucederá y en qué peligro se pone él y su relación

con los demás. Ahora, en la desobediencia se tiene conciencia del error que producirá no obedecer, ya que la no obediencia produce un enorme dolor. Pero en el caso de Abraham, desobedecer es hacerse preguntas y optar por aquella respuesta que va en beneficio del bien común. Si deja a su familia, esta sufrirá y sufrirá él. Si no se reconoce entre iguales, perderá el sentido de la realidad. Si él es lo más importante, estará entonces en un error. Supongo, entonces, que D-s le habla en varias oportunidades, dejando que el tiempo corra, respetando los conceptos éticos de Abraham. Y en ese tiempo la familia muere y así Abraham no es para sus antecesores sino para los suyos. Y ya en esta situación, obedece, lo que le liga al pasado ya coexiste. Ahora él es quien debe existir para que lo suyo adquirido tenga un lugar en el mundo.

El D-s del Antiguo Testamento (del Tanaj) se diferencia de muchos dioses de ese tiempo. Es un D-s, que en la medida en que se lo concibe, admite que el ser humano dude. Diría que es un D-s lento, que necesita ser entendido, que no se manifiesta como los de la mitología, en medio de un gran escenario, sino después de grandes reflexiones. No bastan las palabras sino lo que hay dentro y detrás de las palabras. Por eso hay que retirarse al desierto, discutirlo, para hacerlo un D-s evidente y no un reflejo de los deseos humanos. Abraham (como Moisés), se da un tiempo para entender el Orden de D-s y en esto se diferenció de muchos hombres que crearon dioses que representarían pasiones desbordadas, meros deseos, ansias de poder. El D-s de Abraham aparece en la medida en que la razón moral lo entiende. No es una aparición total, repentina, sino lenta, una luz que crece en la oscuridad.

EL RECORRIDO DE ABRAHAM

Según la tradición judía, Abraham es el autor de *Séfer Yetzirá* (el libro de la creación)², en el que se da razón del alefabeto hebreo y de los diez primeros números, que contendrían en sí los 32 caminos de la sabiduría (22 letras hebreas y 10 numerales), o sea, los elementos necesarios para crear no sólo palabras sino conceptos acertados y debidamente tejidos con otros anteriores. En el *Séfer Yetzirá*, está el pasado, lo comprendido, así como también lo por comprender. Las letras son el basamento de los sonidos, de las formas definidas, de su composición como seres creadores de entendimiento. Así, Abraham no hace su recorrido siguiendo lo que oye de D-s sino lo que entiende de él, del mundo, de lo que hay en el nombre, detrás del nombre y en la perennidad de las cosas ya nombradas y definidas. Diríamos, entonces, que Abraham hace iniciar su marcha sin ir al azar sino descubriendo, entendiendo lo que hay, las razones de lo nombrado y lo existente, lo que ya tiene explicación y aquello que se puede provocar con la palabra. Su tarea es la de encontrarse con lo que va definiendo, con lo que está en su camino y no ha sido nombrado; con lo que aparece una vez se nombra.

² Según los estudiosos el *Séfer Yetzirá* fue compuesto en Palestina en el siglo II. Sin embargo la tradición se lo otorga a Abraham, ya que éste fue el primero en conformar el nombre de D-s en hebreo.

Ese recorrido es yavista, es decir, se basa en Yahvéh, en el tetragrama que se identifica con el Shem HaMeforash (el nombre sagrado de D-s). Su camino es la unión de las letras iud-hei-vav-hei, que conforman un nombre impronunciable porque allí ya se prefigura la Torá y las cuatro lecturas que tiene: la literal, la metafórica, la ética y la mística. La Torá, que es el resultado posterior del pacto inicial que hace Abraham con D-s, enseñará a vivir de acuerdo con los nombres y el lugar que éstos ocupan en el mundo de lo visible y lo invisible. En términos de Spinoza, con lo extenso y lo entendible.

Abraham comienza, entonces, a recorrer el Nombre. Y a ese Nombre, que le promete en la tiendas de Siquem la tierra para sus descendientes, el patriarca le hace un primer altar. Un agradecimiento, porque Abraham no pide sino que agradece. D-s lo ha dado todo y le toca al hombre ver los dones de D-s, usarlos como es debido y conservarlos para las generaciones venideras. Si D-s le ha prometido una tierra para sus descendientes, es porque en la promesa hay futuro y, esa idea de proyección en el tiempo, se evidencia en la justicia: usar lo que hay, lograr de ello lo mejor y dejarlo como está. De esta manera los nombres no serán alterados y el mundo seguirá siendo el mundo.

Luego, Abraham construye un altar en Bet-El (la casa de D-s). En Bet (la casa), porque la casa (la entendible) de D-s es el mundo. En esta casa están sus dones y sus gracias (los entendimientos), que es lo existente. Y ante esto, hay que bendecir, palabra que quiere decir reconocer un hecho como absoluto y magnífico. La bendición es la certificación de la fe, de esto que ciertamente es porque es necesario. Y al mismo tiempo, es el reconocimiento de la expresión de D-s, de su entendimiento de Él, de estar en contacto con Él en todo lo que se prefigura de las cosas. Y si bien D-s no son las cosas, sí se expresa en ellas, en los nombres que las sitúan y definen.

El recorrido de Abraham se determina a través de los altares que levanta y los agradecimientos que vivencia. Así, el altar abrahámico no es un pedido a D-s sino un reconocerse en él, en las palabras que lo conforman como Ser entendible. Incluso en el altar donde sacrificará a Isaac, Abraham bendice el haber tenido un hijo, el milagro de la concepción y la apertura del vientre de Sara. Y ésta si es su gran obediencia: reconocer a D-s como único, como lo expresado en las palabras y en lo inefable, en la vida. Y no quiere decir esto que Abraham haya convertido a D-s en palabras o en letras sino que sabe que es, a través de los símbolos, como se llega a D-s. Símbolos y rituales que colocan al ser humano en actitud de magnificencia y de recepción de lo vivible en D-s. En ese altar abrahámico, con la presencia del fuego y los brazos levantados al cielo, hay mucho agradecimiento por la vida y lo que ella significa como única posibilidad de ser en D-s.

LAS MUJERES DE ABRAHAM

IHVH le ha prometido a Abraham una innumerable descendencia. O sea que sus hijos se multiplicarán como las palabras del *Séfer Yetzirá*, como las estrellas del cielo y las bendiciones de la vida. Esto lo entiende Abraham y lo busca. La tierra en la que aposentará sus bienes, esa donde el Eterno se expresará en mil (muchas) maneras, es nada sin hijos que sigan la tradición. Así, Abraham tiene un hijo con Agar, Ismael, que se hace en el desierto pero no olvida el origen. El texto cuenta cómo Ismael asiste al funeral de Abraham para bendecir el haber sido engendrado. Y en ese reconocimiento, la figura del patriarca trasciende, no sólo como dador de vida sino como ejemplo de vivir.

Isaac, engendrado en Sara, se manifiesta como bendición, como realidad única, como precedente a una primera acción de parto. Según el texto de Bereshit (Génesis), Sara tiene al hijo de Agar en sus rodillas. Así, Ismael es un hijo simbólico, un precedente de Isaac. Esta escena del parto de Ismael está llena de sentido: Antes de Isaac está el hijo de Agar, así como antes de la palabra está el silencio. O, en otras palabras, antes de la palabra definida está el nombre previo, el indicador de lo que será. Y una y otro están unidos. Como en el *Séfer Yetzirá*, las letras anteceden a los nombres, pero unos y otros son necesarios para existir. De igual manera, Ismael es necesario para que Isaac se legitime en la historia, no como individuo sino como hermano, es decir, como humanidad y ejecutoria de moral. La vida sólo es posible con relación al otro.

Cuando muere Sara y se legitima la tenencia de la tierra, pues Abraham compra la cueva de Maqpelá para que allí yazca su mujer (somos de donde están nuestros muertos), Abraham se casa con Ketura, que podría ser otra mujer o la misma Agar, como se ha tratado de demostrar. Sea como haya sido, que Abraham haya vuelto a la madre de su primer hijo o que haya recurrido a una tercera mujer, lo interesante es que el patriarca (que ya lo es porque tiene hijos) asume su condición de creador de una tradición. Con hijos, lo que ha descubierto y recorrido no pasará en vano. Habrá memoria de ellos en los hijos, en los nietos, en las generaciones por venir. Y esa búsqueda y encuentro con D-s no habrá sido en mero vagar por el desierto sino una revelación que construye una moralidad y un entendimiento del mundo.

La simiente no vana de Abraham, dará vida y en esa vida, el D-s que se expresa será sujeto de agradecimientos. Agradecer por el mundo y sus cosas, por las palabras, por las conductas que no causan dolor, por el entendimiento de D-s que propicia el entendimiento adecuado de lo existente. De esta manera, el recorrido de Abraham es un acto fundacional, un nuevo inicio después de haber casi olvidado a D-s. Y en ese D-s que se revela, el hombre vuelve a existir en calidad de ser que agradece y que desarrolla inteligencia y sabiduría porque en cada agradecimiento entiende la expresión de D-s.

ABRAHAM COMO SIGNIFICADO DE LA LIBERTAD

En el mundo judío, la libertad no es hacer lo que se quiere sino actuar con base en lo que se entiende bien. La libertad está en mejorar como individuo y como comunidad. Es salir de la esclavitud de la ignorancia y entrar en el conocimiento adecuado de las cosas y en la revelación. Desde este punto de vista, Abraham, desde que sale de la Ur caldea, es un hombre que ejerce la libertad. En la medida en que va de un lugar a otro, entiende y, cuando entiende como es debido, erige un altar en agradecimiento por eso que ha entendido. En términos de Baruj Spinoza, siente alegría y la manifiesta en un reconocimiento a D-s, que ha comenzado a expresarse en lo correcto, en la certeza, en la moralidad, entendiendo esta como la relación adecuada con las cosas y los otros.

En esa libertad, Abraham reconoce lo que es necesario que pase y, al mismo tiempo, lo que él mismo puede provocar una vez haya tenido entendimiento. Sí que en su recorrido no ha ido solo: los nombres se le han manifestado y en ellos la expresión de D-s le ha mostrado un sentido más profundo de la existencia, entendible solo en la convivencia y el buen uso de lo que hay en el mundo. La libertad, entonces, se resume a mejorar y, a cada mejora, ejercer un agradecimiento. Libre, Abraham, deja el dolor y el error y asume la certidumbre y la trascendencia. Y ya, cuando muere, no deja la vida sino que se hace permanente en ella.

En Abraham todo es un camino y un inicio. Nada está concluido, todo es más. Su libertad es saber que nada es, que siempre hay más belleza, que el entendimiento de D-s no excluye a nadie.